
Comunidad, identidad y organización de la clase obrera mexicana, 1880-1920

S. Lief Adleson
Mario Camarena
Gerardo Necochea

Este ensayo tiene por objetivo entender la formación de la clase obrera mexicana como un proceso de las relaciones sociales. Tal propósito nos ha llevado a investigar problemas diferentes a los comúnmente tratados en la bibliografía mexicana sobre el tema. En este trabajo es evidente la preocupación por una vieja cuestión: la organización de clase. Creemos, sin embargo, que el estudio institucional de la cuestión se ha agotado y no es necesario añadir a la larga lista un nuevo tratado sobre el sindicato tal, la huelga de equis año o la vida y milagros de líderes y movimientos. Nos interesa, en cambio, buscar respuesta a la pregunta de cómo la vida de los individuos que se constituyeron en clase, y la sociedad en que se hallaban inmersos, definió el carácter de las organizaciones en que participaron. El plural lo usamos conscientemente ya que, para el periodo estudiado, el sindicato no era la única ni la más importante de las organizaciones obreras. Sostenemos que la identidad de la clase fusionó elementos industriales y preindustriales en el periodo de su formación, por lo que surgieron diversas formas organizativas. El propósito de esta ponencia es describir estos elementos de identidad, estas formas organizativas y explicar la relación entre ambas.

Entendemos por identidad las conductas e ideas similares que ocurren dentro de un grupo y que, potencialmente, lo cohesionan. Dis-

tinguimos, con fines analíticos, dos amplias categorías: identidad pasiva e identidad activa. La primera engloba la forma de vida heredada de generaciones anteriores que determina una visión particular del mundo. En ella existen rasgos de cultura ritual, entre los que destacamos el parentesco y la religión, y rasgos de cultura natural, como hábitos de comida, vestido, entretenimiento, patrones de residencia, uso del tiempo. Esta cultura, formada por la costumbre, forja la identidad pasiva; pasiva porque, si bien los individuos que la comparten se reconocen como semejantes y cooperan entre sí, por sí sola no lleva a una conciencia de grupo distinto y en oposición a otro. Esta segunda conciencia es distintiva de la identidad activa, conformada al interactuar la cultura con la sociedad. El conflicto es el ingrediente que confiere dinamismo a los elementos de identidad. En una comunidad que experimenta la génesis del capitalismo industrial, la oposición entre la vida preindustrial y la industrial es transparente y el conflicto permea la cotidianeidad. Los individuos, al entrar en una arena social conflictiva, trocan el reconocimiento pasivo por la identificación activa.

En el trabajo que presentamos, identidad y comunidad se ligan porque la primera ocurre en un espacio definido. La comunidad no es meramente un lugar físico en el que encontramos determinadas condiciones materiales; es,

principalmente, un espacio en el que ocurren relaciones sociales. Estas relaciones son base de la identidad que cohesiona a los individuos y da coherencia a su vida en común.¹

Este ensayo se basa en tres estudios de caso. Cada uno de los autores ha perseguido preguntas similares, en regiones y contextos históricos diferentes: ¿Cuáles son los elementos de identidad y cómo cohesionan a los diversos grupos sociales presentes en la comunidad? ¿Cómo se transforma la identidad y qué nuevos elementos aparecen en juego? ¿Cuáles son las organizaciones, cuál su función? ¿Por qué surgen estas organizaciones y cómo se relacionan con la identidad activa? Estas son las preguntas que guiaron las investigaciones sobre el pueblo de La Magdalena al sur del Distrito Federal, el puerto de Tampico en el norte del Golfo de México, y la comunidad mexicana en Chicago en el medio oeste estadounidense. En el caso de la última, ha sido necesario exponer también las características de la sociedad dejada atrás por los emigrantes, la región del centro occidente mexicano. Los escenarios ciertamente contrastan: Tampico era una pequeña ciudad comercial, Chicago una gran urbe industrial y La Magdalena un poblado rural. No obstante, encontramos similitudes en los elementos de identidad y en el proceso de su transformación y de creación de organizaciones.

El marco temporal cubre, aproximadamente, del último tercio del siglo XIX a las primeras tres décadas del XX. Consideramos estos años como el punto de partida de la formación de la clase: aparecen los primeros brotes de una burguesía industrial y surgen o se transforman las industrias claves del periodo. La pauperización en el campo y la destrucción de sectores del artesanado inician el alumbramiento de la clase obrera. Esas novedades enfrentaron una sociedad dominada por la agricultura hacendaria y el comercio, desarticulada en regiones y dividida en estratos sociales y étnicos tanto en el campo como en las ciudades. El naciente orden industrial irrumpió en el equilibrio conformado durante casi tres cuartos de siglo pero no suprimió la socie-

dad preexistente. Los fenómenos de adaptación, resistencia y transformación no ocurrieron de la misma manera; tampoco la magnitud y los ritmos coincidieron. La historia de las comunidades se asemeja, a pesar de las diferencias, porque experimentaron el choque entre dos concepciones diferentes del mundo.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad mexicana era predominantemente rural. La mayoría de la población habitaba en villorrios y al menos dos terceras partes se ocupaban en las labores del campo. Aun aquellos que laboraban en otras tareas, circunscribían su mundo al pueblo o pequeña ciudad provinciana. Pocos eran los puertos y ciudades que podían considerarse verdaderas urbes, marcadas por una activa vida mercantil. La actividad comercial, por lo demás, no extendía sus redes a lejanos puntos. Los circuitos de intercambio estaban confinados a regiones aisladas por razón de su accidentada geografía, falta de vías y medios de comunicación y relativa autonomía política. El país se hallaba fragmentado en una gran diversidad de economías regionales.

En el municipio de San Angel, donde se halla el pueblo de La Magdalena, dominaban los terratenientes. Ellos ocupaban en sus propiedades al 60% de la población angelina. El sistema agrícola hacendario era la forma de producción más importante de la región, pero convivía con la producción campesina e industrial. La zona comprendía a pueblos dedicados a la pequeña producción de frutas o flores y a la explotación de los bosques. Estas comunidades campesinas estaban rodeadas por las haciendas, y con frecuencia sus habitantes requerían de permiso para transitar por los terrenos de los grandes propietarios. Construcciones peculiares que contrastaban con el paisaje rural, albergaban en diversas partes del municipio a las fábricas más modernas de la época. Estas eran las papeleras Loreto y Santa Teresa; las hilanderías La Hormiga, La Magdalena, El Batancito de Sierra, La Hormiga y El Aguila. Aunque cercana a la ciudad capital, la zona se hallaba aislada de la urbe por la insuficiencia de vías de comunicación.

Sólo una carretera conducía al centro de la ciudad de México, pero daba un gran rodeo para cruzar por el pueblo de Coyoacán. No fue sino hasta 1912 cuando el ferrocarril y nuevos caminos acortaron ese trayecto. La vida de los lugareños se circunscribía a su zona, con su particular complejo productivo.²

Otra región, de donde salieron más de la mitad de los emigrantes a los Estados Unidos, comprendía los estados de Michoacán, Jalisco y Guanajuato. Este territorio, compuesto por cadenas montañosas y fértiles valles bañados por ríos y lagos, en el siglo XIX contaba con mínimos medios de comunicación; viejos caminos coloniales enlazaban a Guadalajara, Morelia y Guanajuato con la ciudad de México. El terreno accidentado y la ausencia de caminos y de transporte aislaron a esta zona de las regiones contiguas. Predominaba la actividad agrícola, aunque la minería existía en ciertas áreas. En el agro convivían la hacienda, el rancho y la comunidad campesina. La mediana propiedad predominaba y aun las haciendas no eran muy vastas. La gran mayoría de la población se dedicaba al trabajo agrícola, propio o ajeno. Ocasionalmente, un disonante edificio fabril rompía el cuadro rural. Sin embargo, la región incluía a las capitales de los estados: Guadalajara, una de las ciudades más populosas del país, contaba con 100 mil habitantes en 1900. Había también pequeñas ciudades provincianas, como Zamora, habitada por 15 mil habitantes en 1910. En ellas aparentaban reinar la vitalidad económica y el progreso, sobre todo cuando el caprichoso tendido de vías férreas las elegía como punto de paso. Pero realmente su fortuna dependía de la producción agrícola y no vieron florecer otras actividades que pudieran emplear a la creciente población. Quienes no siguieron apegados a sus localidades rurales, emigraron fuera de la región.³

Un cuantioso número de personas arribó al medio oeste norteamericano, después de un largo y accidentado trayecto. La ciudad de Chicago era el emporio industrial de esta área, en la que se combinaban las grandes extensiones agrícolas con un importante corredor in-

dustrial. Chicago era una ciudad joven. En menos de cien años pasó de guarnición fronteriza a centro comercial e industrial. Ahí convergían las más importantes rutas que comunicaban al noroeste industrial con las grandes y fértiles extensiones del medio oeste. También ahí surgieron las mayores casas empacadoras de carne con su gigantesco matadero, y las más fuertes compañías fabricantes de acero. La industrialización avanzó aceleradamente en las últimas décadas del XIX. La demanda de mano de obra atrajo a cientos de miles de inmigrantes entre 1870 y 1930. Los mexicanos, quienes llegaron a Chicago a partir de 1916, encontraron una ciudad en la que el capitalismo industrial había ya madurado; sin embargo, la continua integración de nuevos inmigrantes revivía una y otra vez el proceso de formación de la clase obrera.⁴

La tercera región, Tampico, se ubica en la desembocadura del río Pánuco en el Golfo de México. Su privilegiada situación geográfica convirtió a este poblado en el segundo puerto del país. A pesar de su importancia comercial, no es sino hasta 1877 cuando se termina el camino carretero que unía a Tampico con San Luis Potosí. La sociedad porteña de entonces se hallaba un tanto aislada de su natural zona de influencia, el norte mexicano. Por lo mismo, no se trataba de una populosa urbe: en 1880 sólo contaba con ocho mil habitantes. Los comerciantes dominaban la jerarquía social mientras los trabajadores portuarios constituían el mayor núcleo de asalariados. Residían también en la ciudad gran número de artesanos, ocupados en satisfacer muchas de las necesidades locales. Estos tres grupos constituían el eje de la sociedad porteña y las actividades mercantiles y artesanales enmarcaban sus relaciones.⁵

El corporativismo caracterizaba a las relaciones sociales en estos entornos tan distantes y diferentes entre sí. En las comunidades rurales, el parentesco consanguíneo o ritual relacionaba a los individuos en unidades cooperativas. Estos conjuntos compartían el espacio de residencia, el trabajo y la propiedad de la tierra y las responsabilidades de los

cargos políticos. De esta manera se integraban familias políticas, cuyo *estatus* dependía de los recursos a su disposición y del prestigio de los miembros de mayor edad. En el contexto urbano, el oficio complementaba al parentesco en la conformación de los grupos sociales, que funcionaban en forma similar a las familias políticas de las comunidades rurales. El parentesco y el oficio enlazaban a individuos y familias de diferente posición social y económica. Quienes encabezaban estos grupos corporativos se encontraban como iguales en la arena social y como tales competían en el terreno político. La variedad de intereses que se conciliaban bajo su dirección les imponían obligaciones que limitaban sus opciones de acción. Entre estas obligaciones, la reproducción de las condiciones necesarias para mantener las formas de vida de las unidades primarias era primordial. El parentesco y el oficio, por tanto, legitimaban las relaciones asimétricas en la comunidad, fungiendo como mecanismo principal de relación y de consenso social. La formación de la clase obrera se originó dentro de este contexto de relaciones preindustriales.⁶

La aparición de la clase implica el surgimiento de una identidad que la distingue a la vez que la define. Como la clase no brotó de la nada, en un santiamén, sino que se formó a sí misma en un largo y complejo proceso, su identidad siguió ese mismo trayecto de génesis y maduración. En el principio, la característica más sobresaliente fue la convivencia de elementos preindustriales e industriales. Esta amalgama era evidente en el proceso del trabajo, en la organización económica y en la estructura política. También se manifestaba en las formas de pensamiento y de conducta que identificaban a quienes trabajaban y vivían en comunidades de trabajadores. La variedad de experiencias en juego dio pie a diversas formas organizativas y a la acción conjunta de quienes compartían un modo de vida. El naciente capitalismo amenazó el entramado de relaciones que normaban la coexistencia entre diversos grupos sociales. La resistencia a esta amenaza cohesionó a sectores de estos grupos. Esta cohesión se montó

sobre elementos compartidos de identidad que provenían de la experiencia anterior al capitalismo. La identidad inicial de la clase obrera no se redujo a lo acontecido en la relación capital-trabajo; se formó sumando comportamientos de artesanos, campesinos, comerciantes, profesionistas y otros.

En las comunidades de trabajadores las condiciones materiales eran malas. Su residencia se hallaba cerca del lugar de trabajo, ya fueran los muelles de Tampico, las siderúrgicas en Chicago o la fábrica textil en La Magdalena. La cercanía a los establecimientos laborales ensombrecía el escenario: en el sur de Chicago, caso extremo, la atmósfera se teñía de un humo rojizo expelido por los hornos de las fábricas. Los ineficientes servicios urbanos, cuando existían, no ayudaban a mejorar el ambiente. Las calles en que vivían los estibadores se encontraban en pésimas condiciones debido a las frecuentes lluvias. La vivienda igualmente dejaba mucho que desear: las casas alquiladas por los empresarios a sus operarios en La Magdalena semejaban un caserío de peones de hacienda. Contaban sólo con una cocina y un cuarto. En Chicago era imposible encontrar departamentos con suficiente luz y ventilación. A esto hay que agregar el frecuente hacinamiento; hasta diez personas podían, en ocasiones, compartir una sola habitación. Todos los que vivían en estas comunidades padecían la opresividad e insalubridad del medio ambiente.⁷

Estas misérrimas condiciones materiales definían el entorno mas no la vida misma. Un complejo de relaciones sociales se entretejía dentro de aquellas modestas viviendas. Un observador que entrara a un típico departamento de Chicago habitado por mexicanos, hallaría unos pocos muebles y mucha gente. Estos individuos se encontraban ahí, amontonados, en parte por lo escaso y caro de la vivienda, pero también como una estrategia para reproducir la forma de vida a la que estaban acostumbrados. En efecto: eran parientes que escogían compartir su lugar de residencia. En Chicago lo hacían porque habían llegado a la ciudad a través de cadenas

migratorias eslabonadas por relaciones de parentesco. También en La Magdalena y en Tampico el parentesco era el mecanismo primario para asegurar vivienda y estabilidad en la comunidad. El parentesco, eje rector de las relaciones sociales preindustriales, se adaptaba a las nuevas condiciones permitiendo a los trabajadores reproducir unidades domésticas cooperativas.⁸

Fuera de los destartados edificios o las casuchas, también se tejían complejas relaciones personales. Los barrios de trabajadores no eran socialmente homogéneos. En ellos convivían diversos grupos. Tanto en Tampico como entre los mexicanos de Chicago, el estibador o el obrero metalúrgico hallaba en su calle al pequeño comerciante, al artesano, a trabajadores de otras empresas, o inclusive, a profesionistas. En La Magdalena, campesinos, artesanos y trabajadores asalariados eran vecinos. Si dentro de las unidades residenciales el parentesco cohesionaba a los individuos, fuera de ellas otros mecanismos cumplían esta función. En ocasiones el compadrazgo (parentesco ritual) ligaba a los individuos sin nexo alguno. Entre los mexicanos de Chicago y muchos de los recién llegados a La Magdalena, el ser oriundos del mismo pueblo constituía un vínculo social importante. Entre los estibadores, la vecindad, muchas veces establecida por más de una generación, creaba nexos que rebasaban el parentesco. De esa manera, las unidades domésticas se relacionaban unas con otras, a través de ligas de vecindad y paisanaje. Se vinculaban también, así, individuos de diversa condición que enfrentaban las mismas condiciones del espacio comunitario.

Otras similitudes reforzaban las relaciones comunitarias. Tanto en los grupos de reciente inmigración como en aquellos establecidos por largo tiempo, existía un entramado de costumbres que creaba un sentimiento de estar entre semejantes. Entre los trabajadores de La Magdalena, estas prácticas correspondían a la mentalidad agraria de la que provenían y con la que no habían roto por completo. La superstición y las fiestas religiosas, por ejemplo, podían ser temas de conversación entre traba-

jadores, artesanos y campesinos. Los mexicanos de Chicago se identificaban entre sí porque gustaban de la misma comida y música, además de hablar la misma lengua. El consumo de cierto tipo de bebidas, como el pulque en el valle de México o el tequila en Jalisco, podía ser distintivo de ciertos grupos; la propensión a la borrachera los unía a todos. La violencia, comúnmente ligada al consumo de bebidas embriagantes, era otra manifestación habitual. Esta cotidiana forma de ser creaba un reconocimiento entre quienes vivían dentro de una comunidad de trabajadores.

Además, para realizar muchas de las actividades dictadas por la costumbre concurrían a los mismos lugares. En Chicago eran las fondas y billares; en Tampico, las cantinas. También podía tratarse de procesiones que pasaban por los pueblos de los alrededores de La Magdalena, de espacios abiertos en los que se jugaba béisbol o algún otro deporte, o de lugares donde se iba a bailar.⁹ En estos espacios se consolidaban los nexos nacidos de la similitud de hábitos. Las vidas individuales convergían gracias a las relaciones primordiales, las costumbres y la convivencia.

El lugar de trabajo y el oficio constituían otro elemento importante de la identidad. Uno y otro se confundían para los artesanos de la comunidad. Ellos mantuvieron el control sobre su trabajo y transmitieron oralmente su conocimiento a sus hijos y ahijados; el aprendizaje incluía la adquisición de orgullo y respeto por las jerarquías y la destreza en el oficio. Entre los operarios se hallaba igualmente socializada la lógica artesanal. Los estibadores y alijadores, sin ser artesanos, se desenvolvían de manera similar en los muelles. Su control sobre las acciones y los tiempos de carga y descarga, su detallado conocimiento de los peligros involucrados, su necesidad de integrarse en equipos y la importancia de sus tareas en la vida económica del puerto, conferían a estos hombres el mismo orgullo y respeto por las experiencias y destreza en el desempeño del trabajo. En contraste, sólo pocos artesanos lograron sostener su oficio en Chicago. La mayoría de los inmigrantes tuvo que in-

tegrarse como mano de obra barata en las siderúrgicas, las empacadoras, los ferrocarriles y las labores agrícolas. Es decir, se integraban, junto con otros muchos más, al grupo de los obreros descalificados. No obstante, también elaboraron una jerarquía, en cuya cima se encontraban los metalúrgicos. La aceptación en cada comunidad de una jerarquía laboral iba acompañada del sentimiento común de ser gente de trabajo.¹⁰

Las acciones recíprocas de apoyo nacieron de estos elementos de identidad. La solidaridad en estas comunidades podría parecer espontánea, sin embargo respondía a obligaciones determinadas. La ayuda podía ser material: los estibadores solían socorrerse entre sí en casos de accidentes o pedir fiado a los tenderos en tiempos de desempleo. Paisanos y parientes sufragaban los gastos de la casa que compartían en Chicago. La ayuda mutua también suponía imponderables; por ejemplo, consolar a la familia del vecino cuando había muertes o negar información a la policía cuando alguien del barrio se hallaba en problemas. Esta ayuda mutua se ofrecía no sólo a parientes sino a todos los que compartían el espacio físico de la comunidad.

Las obligaciones y solidaridad, establecidas por el parentesco, paisanaje y vecindad, se fundaban en una arraigada idea de reciprocidad. Un mexicano residente en Chicago explicaba que ofrecía ayuda a quien la necesitaba porque "si algún día mi hijo se encuentra en apuros, espero que el Señor se haga cargo de él".¹¹ En una pequeña comunidad, como la de La Magdalena, esta idea de reciprocidad implicaba desconfianza de los "fuereños", puesto que no era seguro que respondieran a la misma visión del mundo. Otros lugares requerían encontrar otras maneras de delimitar la solidaridad del grupo. Parentesco, paisanaje y nacionalidad servían a este propósito en Chicago. La noción de obligaciones recíprocas regía la ayuda mutua informal y reafirmaba la identidad. Esta última, a su vez, definía los criterios de inclusión o exclusión al grupo.¹²

Este complejo de elementos de parentesco, costumbres, trabajo y solidaridad definían la

visión del mundo y la identidad de los estibadores en Tampico, los metalúrgicos en Chicago y los textiles en La Magdalena. Visión del mundo que consistía en concebir las relaciones sociales como algo personal, alimentado por ritos, costumbres y obligaciones recíprocas. Los individuos existían en función de su grupo familiar y de la comunidad; la importancia de las costumbres implicaba la aceptación de ciertas normas y la expectativa de que el vecino las cumpliera. Los elementos de identidad que hemos descrito no provenían únicamente del ámbito laboral. Por el contrario, aun cuando el sitio de su desempeño laboral lo estuviera, el trabajo no se encontraba separado de otras actividades y relaciones sociales. De esta manera la identidad cultural reproducía las relaciones preindustriales entre los trabajadores.

Esta visión del mundo entró en conflicto con la sociedad industrial que paulatinamente absorbía a las comunidades. Los inmigrantes que arribaron a Chicago encontraron un mundo urbano e industrial ya enteramente constituido. Los tampiqueños o los magdalenos participaron en el nacimiento de esa sociedad. En ningún caso fue grata la nueva experiencia. Los mexicanos de Chicago encontraron relaciones humanas impersonales aparentemente mediadas por el dinero y sufrieron la presión para modificar sus costumbres y hábitos cotidianos. En Tampico, cambios económicos y tecnológicos afectaron los hábitos y las relaciones de trabajo. En cada caso los afectados resistieron las nuevas normas de relación social.

El momento inicial del choque se caracterizó por la oposición comunitaria al nuevo orden. A pesar de la heterogeneidad social de las comunidades en que los obreros estaban insertos, todos por igual repelieron al aún incipiente orden industrial. Los cimientos de esta resistencia los encontramos en las relaciones sociales y en la identidad pasiva que hemos descrito. Sin embargo, en el proceso de confrontación y resistencia, la identidad pasiva se trocó en activa, en tanto surgía una nueva forma de identidad que requería transformaciones en las ideas y conductas, esfuerzos co-

lectivos e individuales orientados hacia el logro de organizaciones comunitarias.

El capitalismo se filtraba en la vida de los habitantes de La Magdalena mediante una normatividad traumática. A través de ella, los empresarios querían imponer a los magdalenos la disciplina necesaria para convertirlos en modelo de virtudes capitalistas: puntuales, metódicos, laboriosos, sobrios y respetuosos de la propiedad privada. Los moradores de esta región sabían lo que perdían y por ello tuvieron a bien defender sus costumbres. Lucharon por la defensa de los tiempos de ocio, de las celebraciones religiosas y cívicas, por conservar los "san lunes", por seguirse vistiendo con el tradicional jorongo y sombrero y por el respeto e integridad del oficio artesanal. Sus luchas defendían un antiguo estilo de vida pero alimentaron también el radicalismo obrero de principios de siglo.¹³

El choque con la sociedad en Chicago obligó a la mayoría de los inmigrantes mexicanos a volcarse hacia el interior de la comunidad. Frecuentemente los mexicanos contraponían las virtudes de sus costumbres a las desventajas de las costumbres yanquis. No sorprende que fuera así, ya que la nueva experiencia conflictiva contradecía sus expectativas. Ciertamente en sus pueblos habían conocido la desigualdad y la explotación pero de un orden social diferente. Ahí, por ejemplo, no existía un poder político tan omnipresente y poderoso como invisible; al contrario, los puestos públicos eran ocupados por personajes de todos conocidos y las relaciones entre autoridades y civiles estaban regidas por relaciones personales aparentemente más flexibles. En sus pueblos, a quien se excedía con la bebida se le acompañaba a su casa o se le encarcelaba por una noche, respetando rangos sociales. En cambio, la policía en Chicago golpeaba, encarcelaba y multaba a todos por igual. Mientras en sus pueblos disponían libremente de recursos naturales como agua y leña, en Chicago delinquían cuando tomaban pedazos de madera de un lote baldío. El contacto entre las costumbres mexicanas y la sociedad norteamericana producía conflictos y discriminación.

En consecuencia, los inmigrantes intentaron aislarse y, de esta manera, reforzaron los vínculos y la cohesión comunitaria.¹⁴

Los estibadores se enfrentaron a los rápidos cambios que trastocaban el carácter de la sociedad porteña. Durante la última década del siglo XIX, dos líneas ferroviarias llegaron a la localidad y se mejoró la infraestructura portuaria. Los comerciantes tampiqueños agrandaron sus negocios y aparecieron nuevos intereses económicos y políticos en la ciudad. Además, los malacates de vapor, instalados en los barcos, aceleraron el ritmo de trabajo. El volumen de mercancías y la complejidad de su manejo aumentó. Surgió entonces una casa contratista capaz de monopolizar y racionalizar las labores del puerto. Este cambio era sintomático del desmoronamiento del esquema social corporativista. Antaño, los dueños de las representaciones navieras, los hombres notables de la ciudad, habían llevado personalmente las relaciones laborales; ahora las delegaban a terceros, todos ellos extranjeros. La demanda de mano de obra aumentó y los muelles se vieron inundados por gente nueva, con la consiguiente baja de salarios. La inseguridad en el empleo se acrecentó y disminuyó la independencia del estibador para elegir su trabajo. Los trabajadores de los muelles defendieron el acostumbrado acceso, ritmo y procedimiento de trabajo, a veces violentamente. En Tampico, como en La Magdalena y en Chicago, la resistencia al nuevo modo de vida cohesionó a los trabajadores y a otros grupos que veían su existencia amenazada por el rompimiento del equilibrio social existente.¹⁵

No obstante la tendencia a la cohesión, la heterogeneidad social de las comunidades producía desavenencias. Los mexicanos en Chicago minimizaron los enfrentamientos entre ellos mediante la exaltación de la cultura nacional. En ese sentido, su visión del mundo había cambiado: las relaciones sociales ahora respondían también a su identificación como mexicanos y no sólo como parientes o paisanos. Algo similar ocurrió en Tampico; el nacionalismo facilitó las relaciones entre los estibadores

y otros grupos, especialmente las autoridades revolucionarias, y justificó la oposición a los empleados y trabajadores extranjeros. Nuevos mecanismos articuladores entraron gradualmente en juego para limar las fricciones en las relaciones intergrupales.¹⁶

El conflicto era particularmente crudo en el ámbito laboral. Los trabajadores no podían evitar la relación salarial y se vieron compelidos a enfrentar la opresión en el trabajo. El despotismo y maltrato por parte de capataces y patronos eran frecuentes. En 1925 los metalúrgicos mexicanos en Chicago protestaron por los abusos en la oficina personal de una fábrica. Los artesanos textiles de La Magdalena oponían a la arbitrariedad su capacidad para controlar sus tareas y a sus aprendices. Los trabajadores concebían el salario como parte de este despotismo, especialmente cuando sólo el capricho patronal parecía explicar los recortes en sus haberes. Ello fue motivo de numerosas disputas, como la huelga de 1911 en los muelles tampiqueños. El conflicto laboral afectaba únicamente a los asalariados; la resistencia en este ámbito les unía sólo a ellos. Mas este conflicto no era percibido como un problema diferente de otros que aquejaban al conjunto de la comunidad. Muchos artesanos magdalenos independientes, por ejemplo, habían laborado en la fábrica y sentían simpatía por los que ahí tenían que permanecer, grupos que bien podrían incluir a sus hijos o parientes. La búsqueda de soluciones a las tensiones de su existencia condujo a los grupos sociales que componían la comunidad a la conformación de una nueva identidad. Esta resultó también en la creación de organizaciones que expresaban y mantenían la cohesión comunitaria.¹⁷

Las organizaciones derivaron su carácter de una práctica doble: de oposición a las nuevas formas de explotación y dominación y de mantenimiento de la experiencia pasada. Predominaban, en las tres comunidades, las asociaciones mutualistas, complementadas por asociaciones religiosas, deportivas, municipales y cuasi-sindicales. El carácter mayoritario de las mutualistas muestra, por un lado, la

insuficiencia de la ayuda mutua informal para resolver problemas que el nuevo orden económico presentaba. El parentesco, las costumbres y la jerarquía del oficio dictaban, por otro, cómo reclutar asociados y cómo estructurar las asociaciones. Asimismo, las sociedades eran tanto una extensión organizada de la ayuda que de por sí existía en la comunidad, como una conjugación de todos los elementos de identificación entre los trabajadores. Más todavía, eran una forma de encauzar la solidaridad promovida por los nuevos elementos de la identidad. Las asociaciones formales expresaban la contradicción entre las viejas y las nuevas formas de relación social.

La importancia de las sociedades debe buscarse en su papel de intermediarias de las comunidades de trabajadores. Las nuevas formas organizativas de los mexicanos en Chicago servían para enlazar a grupos dentro de la comunidad y para representar a ésta ante la sociedad global. También las sociedades tampiqueñas fueron puente entre diferentes grupos sociales. La sociedad mutualista "Hermanos del Trabajo", fundada en 1901, contaba entre sus miembros con artesanos, obreros, y pequeños y grandes comerciantes. Las sociedades fomentaban entre sus miembros principios de justicia y armonía social. Su intermediación dentro de la jerarquía política y su afán conciliatorio de los intereses en la comunidad llevaban su influencia más allá de lo que su número de afiliados pudiera sugerir.¹⁸

La convivencia de grupos sociales encontrados se entiende por el contexto de relaciones y costumbres que hemos descrito. Era común que se participara en ciertas fiestas religiosas, como las organizadas por empresarios o hacendados para sus trabajadores en honor del santo patrón. También en actos cívicos que celebraban el avance y bienestar comunitario, como podría ser la fijación del primer poste fiscal del puerto de Tampico. La conciencia comunitaria detrás de esta participación conjunta se mostró en la resistencia a la intromisión de un nuevo orden social. Ejemplo extremo, pero no por ello excepcional, fue la huelga de 1878 en La Magdalena. Las autoridades se

negaron a ayudar al empresario y apoyaron a los huelguistas; un hacendado donó un toro y varias cargas de maíz al fondo de resistencia, otros hicieron lo suyo ofreciendo trabajo a los paristas, y los pueblos vecinos también se pusieron del lado de los obreros. La riqueza y complejidad organizativa de las tres primeras décadas del siglo XX, en los casos estudiados, brotó de esta unidad comunitaria.¹⁹

Las organizaciones fueron caldo de cultivo de individuos que tenían una clara orientación hacia la comunidad. En el caso de Chicago, la meta era precisamente la creación de una comunidad mexicana. Max Lira, fundador de un periódico y miembro de varias asociaciones, destacó en sus escritos periodísticos la necesidad de unión entre los inmigrantes hispanos para lograr mejores condiciones de vida y trabajo. Lira combinaba la ideología nacionalista con un sincero interés por la justicia social. Sus escritos y acciones le valieron la membresía honoraria en la Sociedad de Obreros Libres de South Chicago. Samuel Kelly era un vendedor de pescado en Tampico quien, gracias a su oficio, entró en contacto con los diversos grupos sociales que componían la sociedad portañá. Fue fundamental en la organización de los estibadores y logró el apoyo de ciertos abogados revolucionarios para el nuevo Gremio Unido de Alijadores. Lira y Kelly ejemplifican el lugar que ciertos individuos o asociaciones ocupaban en la jerarquía política de la comunidad. Entre estos individuos destacaban los tenderos y los artesanos. Ellos compartían la vida del trabajador y su desagrado y resistencia al nuevo orden de cosas. Por eso, a ellos recurrían quienes requerían ayuda que el grupo de cooperación informal no podía satisfacer. En cierta manera, estos hombres y las asociaciones a las que pertenecían formaban una extensión del grupo de parientes y paisanos. Pero también, a través de ellos, era posible entrar en contacto con el más ancho mundo de

la política comunitaria, municipal, o inclusive, nacional, y lograr apoyo para llevar a buen término la solución de ciertos problemas. Así fue que ganaron los alijadores su primera huelga en 1911.²⁰

La importancia histórica de estas sociedades y de hombres como Lira o Kelly reside en mostrarnos el complejo universo en el que los trabajadores estaban inmersos en el momento de iniciarse el proceso de formación de la clase obrera. La comprensión de lo que sucedía en ese mundo, y la acción concomitante, fueron determinadas por elementos de una experiencia anterior. Estos elementos sirvieron para interpretar las nuevas situaciones a la vez que eran modificados por ellas. La acción de los trabajadores no estuvo definida por la estrechez de la relación capital-trabajo ni por el aislamiento social de los trabajadores. Más bien, la vida de esta primera generación se desarrolló dentro de la amplia confrontación de dos formas de ver el mundo. Los trabajadores respondieron a esa confrontación creando organizaciones que eran extensión de sus relaciones primarias. Ese intento organizativo, además, reunió a una variada gama de grupos sociales. A todos les unió un sentimiento de amenaza a su forma de vida. En un estudio de otro contexto pero sobre un problema similar, el historiador Herbert Gutman escribe que el nuevo industrialismo no creó "enteramente un orden social nuevo pero sí enfrentó un orden preexistente". Su calidad de intruso, añade, significó que su "poder económico no se tradujo fácilmente en poder social y político". La oposición generada contra él fue suficientemente fuerte como para "negarle el estatus y la autoridad que buscaba y requería".²¹ Igualmente aquí hemos visto que el capitalismo no dio lugar a relaciones asimétricas ni horizontales, mientras que la oposición al orden social capitalista sí permitió que se solidificaran las comunidades que le resistían.

Notas

¹ En estas ideas es evidente nuestra deuda con E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage Books, 1963, y *The Poverty of Theory* (pp. 229-242), así como con la polémica que Perry Anderson entabla con Thompson en *Arguments Within English Marxism* (pp. 27-43). También ha sido fructífera la lectura de Herbert Gutman, *Work, Culture and Society in Industrializing America*, Nueva York, Knopf, 1976, y de Ellen Meiksins Wood, "El concepto de clase en E.P. Thompson", *Cuadernos políticos*, 36, pp. 87-105.

² Archivo Histórico del Departamento del Distrito Federal, México (en adelante, AHDDF), cajas de padrones, sin clasificación; AHDDF, Obras Públicas, caja 9.

³ Mario A. Aldana Rendón, *Desarrollo económico de Jalisco, 1821-1940*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1978; Patricia de Leonardo y Jaime Espín, *Economía y sociedad en los Altos de Jalisco*, México, Nueva Imagen, 1978; Carlos B. Gil, *Life in Provincial Mexico, National and Regional History Seen from Mascota, Jalisco, 1867-1972*, Los Angeles, University of California at Los Angeles, Latin American Center Publications, 1983; José Guzmán Avila, *Michoacán y la inversión extranjera, 1880-1911*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1982; Gerardo Sánchez Díaz, *El suroeste de Michoacán: estructura económico-social. 1821-1851*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1979; Paul Friedrich, *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Chicago, The University of Chicago Press, 1977; Luis González, *Zamora*, Morelia, Gobierno del estado de Michoacán, 1978; Héctor Tejera Gaona, *Capitalismo y campesinado en el Bajío*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia e Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982; Fulgencio Vargas, *El estado de Guanajuato: geografía, estadística e historia*, Guanajuato, Gobierno del Estado, 1939.

⁴ Ray Ginger, *Altgeld's America: The Lincoln Ideal versus Changing Realities*, New York, Franklin Watts, 1973; Edith Abbot, *The Tenements of Chicago, 1908-1935*, Chicago, University of Chicago Press, 1936; John B. Appleton, *The Iron and Steel Industry of the Calumet District: A Study in Economic Geography*, Urbana, Illinois, University of Illinois Press, 1927; John Bodnar, *The Transplanted: A History of Inmigrations in Urban America*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1985.

⁵ Carlos González Salas, *Tampico, mi ciudad*, 1981, pp. 74-75.

⁶ Eric R. Wolf, *Europe and the People without History*, Berkeley, University of California Press, 1982, pp. 88-100; Friedrich, *Agrarian Revolt*, pp. 22-26; Alan Dawley, *Class and Community: A History of the Industrial Revolution in Lynn, Massachusetts*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1976, pp. 2-72; Ellen Mac Brenna, "Demographic and Social Patterns in Urban

Mexico: Guadalajara, 1876-1910", tesis doctoral, Columbia University, 1978; Fredrick J. Shaw, "The Artisan in Mexico City", en Elsa Cecilia Frost, et al., *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 399-418.

⁷ Abbott, *Tenements*, pp. 98-147; Elizabeth A. Hughes, *Living Conditions for Small Wage Earners in Chicago*, Chicago, Department of Public Welfare, 1925; Paul Taylor, *Mexican Labor in the United States: Chicago and the Calumet Region*, reimpression Nueva York, Arno Press, 1970, pp. 57-70; Robert Redfield, "The Mexicans in Chicago", diario de campo, 5 octubre 1924 a 24 abril 1925, Robert Redfield Papers, University of Chicago Library (en adelante citado como Redfield, Diario de campo), caja 59, expediente 2; "Entrevista al señor Juan Castillo Martínez, realizada por S. Lief Anderson", Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia (en adelante, DEH), PHO/4/85, Tampico 9 y 10 de marzo de 1978; "Entrevista al señor Francisco Ruiz Hernández, realizada por S. Lief Anderson", DEH, PHO/4/57, Tampico 8, 9, 16 y 18 de septiembre de 1976; "Entrevista al señor José Reyes Aguiñaga, realizada por S. Lief Anderson", DEC, PHO/4/61, Tampico 4 de diciembre de 1976; AHDDF, cajas de padrones, sin clasificación; AHDDF, Obras Públicas, caja 9.

⁸ Guillermo Ramos Arizpe, "Testimonios de trabajadores en los Estados Unidos en los años veinte", *Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas*, junio 1983, pp. 35-73; "Entrevista a las señoras Carmen Arias y Natalie Ruiz, realizada por Gerardo Necoechea", South Chicago, Illinois, 24 de noviembre de 1986; Redfield, Diario de campo, pp. 15-18, 81-85; Hughes, *Living Conditions*, pp. 11-13; Foster, George M., *Tzintzuntzan: los campesinos mexicanos en un mundo de cambio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, pp. 61-90.

⁹ Redfield, Diario de campo, pp. 31-33, 44-50; Taylor, *Mexican Labor*, pp. 64-66; *México*, 18 y 24 de enero de 1925; *El Gallito*, 23 de abril de 1927; Robert C. Jones y Louis R. Wilson, *The Mexican in Chicago*, Chicago, Chicago Congregational Union, 1931, p. 9; "Entrevista al señor Francisco Ruiz Hernández...", *op. cit.*; AHDDF, Asuntos Judiciales, sin clasificación, 1898.

¹⁰ S. Lief Adleson, "Identidad comunitaria y transformación social: estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925)", *Historias*, núm. 7, octubre-diciembre 1984, pp. 29-44; Taylor, *Mexican Labor*, pp. 97 y 243; *México*, 4 de abril de 1925 y 15 de mayo de 1926.

¹¹ Taylor, *Mexican Labor*, pp. 126.

¹² AHDDF, Asuntos Judiciales, Diligencias de quejas contra terceros, 1897; Redfield, Diario de campo, pp. 15-18; *México*, 21 de marzo de 1925 y 30 de octubre de 1926; *El Heraldo de las Américas*, 15 de noviembre de 1924.

¹³ Leticia Reyna (coord.), *Luchas populares en México en el siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y

Estudios Superiores en Antropología Social, 1983 (Cuadernos de la Casa Chata, 90), pp. 309-311.

¹⁴ Redfield, *Diario de campo*, pp. 51-54; Louise Año Nuevo Kerr, "The Chicano Experience in Chicago, 1920-1970", tesis doctoral, University of Illinois, Chicago, 1976, pp. 35-40; Taylor, *Mexican Labor*, pp. 101-111, 151; *México*, 21 de marzo de 1925 y 11 de diciembre de 1926; *Correo Mexicano*, 30 de septiembre de 1926.

¹⁵ Véase S. Lief Anderson, "Historia social de los obreros industriales de Tampico, 1906-1919", México, El Colegio de México, 1982, tesis inédita, pp. 7-26.

¹⁶ Keer, "The Chicano Experience", pp. 35-37; Taylor, *Mexican Labor*, pp. 131-136; Manuel Gamio, *Mexican Immigration to the United States*, Chicago, University of Chicago Press, 1930; Dover edition, 1971, p. 244; *México*, 18 y 31 de enero y 7 de marzo de 1925; 16 de septiembre de 1926; *El Gallito*, 8 y 25 de mayo de 1927; *El Heraldo*, 7 y 21 de abril de 1928; Archivo Histórico del Gremio Unido de Alijadores (en adelante, AHGUA), libro de actas número uno, sesiones del día 28 de junio, 1911; sesión del día 18 de agosto, 1911; sesiones de los días 23 y 27 de julio, 1911.

¹⁷ *México*, 4 de abril de 1925; Francisco A. Rosales y Daniel T. Simón, "Chicago Steel Workers and Unionism in the Midwest, 1919-1945", *Aztlán*, VI, 2:266-275; Taylor, *Mexican Labor*, pp. 110-114; National Archives, Washington, D.C., *Tampico Post Records, Record Group 84*, "Miscellaneous letters sent to U.S. consuls, embassy,

and U.S. government departments" (en adelante NA/TPR/CGD), 1911, exp. s/n embajador en México al cónsul en Tampico, México, D.F. 14 de septiembre de 1911.

¹⁸ "Entrevista al señor Camilo Román Cota realizada por S. Lief Adleson", PHO/4/46, Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Poza Rica, Veracruz, 23 de diciembre de 1975 y 29 de febrero de 1976; "Entrevista al señor Camilo Román Cota por S. Lief Adleson", Poza Rica, Veracruz, 8 de noviembre de 1987; *El Heraldo*, 14 de abril de 1925; *El Heraldo de las Américas*, 1 de noviembre de 1924; Jacob Horak y José Durand, "Interview with Rafael Trejo, 23 de diciembre de 1926", en Immigrants Protective League Papers, University of Illinois Library (en adelante, IPL Papers, UTL), caja 2, expediente 24; Taylor, *Mexican Labor*, pp. 131-142.

¹⁹ González Salas, *Tampico*, pp. 81-83, 194-195; Reyna, *Luchas populares*, pp. 241-242.

²⁰ Ciro de la Garza Treviño, *La revolución mexicana en el estado de Tamaulipas: Cronología, 1885-1973*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1973-1975, I, p. 52; NA/TPR/CGD, 1911, exp. s/n, cónsul al chargé d'affaires en la ciudad de México, 15 de agosto de 1911; AGN-RT, 1913-8 (220-24-1), legajo 26, exp. 68, núm. 1445, Gremio Unido de Alijadores al Departamento de Trabajo, Tampico 25 de octubre de 1913; AHGUA, libro de actas número uno, sesión del día 27 de julio de 1911.

²¹ Gutman, *Work, Culture, and Society*, pp. 256 y 258.



